

lo, profundo, de palpitaciones lentas; después, las voces de las sirenas que lo sofocan gradualmente, las voluptuosidades de Venus llenas de enervantes delicias, de soporíferas languideces, cada vez más altas é imperiosas, desordenadas; y, por último, el tema sagrado reapareciendo por grados, como una inmensa aspiración del espacio, apoderándose de todos los sonidos y fundiéndolos en una armonía suprema, para llevarlos en alas de un himno triunfal!

—Voy á cerrar, caballero—repitió el mozo.

Claudio, que ya no escuchaba, abismado también en su pasión, apuró de un trago el resto de la copa y dijo en alta voz:

—¡Eh! ¡querido! ¡van á cerrar!

Entonces Gagnière se estremeció. Su faz extraviada sufrió una contracción dolorosa; y tiritando, como si hubiese caído de un planeta, bebióse ávidamente su cerveza. Luego, en la acera, después de haber estrechado silencioso la mano de su compañero, se alejó, desapareciendo, en breve, en el seno de las tinieblas.

Eran cerca de las dos, cuando entró Claudio en la calle de Douai. Durante la semana que recorría de nuevo París, llevaba cada noche á casa las fiebres de su jornada. Mas nunca había regresado aún tan tarde, ni con la cabeza tan enardecida. Cristina, vencida por la fatiga, dormía junto á la apagada lámpara, recostada la frente en el borde de la mesa.

### VIII

En fin, después de haber terminado Cristina la limpieza de la casa, quedaron instalados. A este taller de la calle de Douai, pequeño é incómodo,

se agregaba, únicamente, una angosta salita y una cocina grande como un armario: era preciso comer en el taller, y en el taller vivía la pareja, siempre con el rorro atravesado entre piernas. A Cristina habíale costado no poco sacar partido de sus cuatro muebles, pues quería evitar gastos; pero hubo de comprar una vieja cama de lance, y cedió á la lujosa tentación de adquirir unas cortinas de muselina blanca, á siete sueldos metro. Desde entonces, aquel rincón parecióle encantador, y se consagró á mantenerlo bajo un pie de pulcritud burguesa, decidida á hacer por sí todas las faenas, sin auxilio de criada, para no sobrecargar demasiado su existencia que iba presentándose dificultosa.

Los primeros meses lo pasó Claudio en agitación creciente. Las carreras á través de las calles tumultuosas, las visitas á los camaradas, llenas de febriles discusiones, todas las cóleras, todas las ideas enardecidas que traía de afuera, le tenían tan apasionado, que hasta en sueños hablaba en alta voz. París se le había vuelto á infiltrar hasta las médulas, violentamente; y, en plena llamarada de esta hoguera, vivía una segunda juventud, entusiasmado y ambicionando verlo todo, hacerlo todo y conquistarlo todo. Nunca había sentido tal ardor de trabajo, ni tales esperanzas, como si le bastara extender la mano para crear las obras maestras que debían colocarle en su rango, en primera fila. Cuando atravesaba París, descubría cuadros en todas partes; la villa entera, con sus calles, sus encrucijadas, sus puentes, sus horizontes vivos, desarrollábase en frescos inmensos, que siempre le parecían mezuquinos, en su embriaguez de tareas colosales. Y regresaba trémulo, rebullendo en su cráneo proyectos, trazando croquis en un trozo de papel, cada noche, á la luz de la lámpara, sin decidir

por dónde empezaría la serie de grandes páginas soñadas.

Un obstáculo grave surgió de la exigüidad del taller. Si ahora dispusiese, tan sólo, del antiguo desván del muelle de Bourbon, ó siquiera del vasto comedor de Bennecourt! Pero ¿cómo arreglárselas en esta habitación larguirucha, á manera de pasillo, que el casero tenía la poca vergüenza de alquilar por cuatrocientos francos á pintores, después de cubrirla de cristales? Y lo peor era que estos cristales, de cara al norte, entre dos elevadas paredes, no dejaban entrar más luz que una verdosa claridad de bodega. Hubo, pues, de aplazar sus grandes ambiciones, resolviendo consagrarse desde luego á lienzos medianos, diciendo para sí que el genio no estriba en la dimensión de las obras.

¡Parecíale tan oportuna la ocasión para el éxito de un bravo artista que aportase, por fin, una nota de originalidad y de franqueza en el desquiciamiento de las antiguas escuelas! Las fórmulas de la víspera desmoronábanse ya; Delacroix acababa de morir sin discípulos. Courbet dejaría apenas en pos de sí algunos inhábiles imitadores; sus obras maestras no iban á ser sino cuadros de Museo, ennegrecidos por la edad, simples testimonios del arte de una época; y parecía fácil prever la fórmula nueva que se desprendería de las suyas, ese retoño del pleno sol, el alba límpida que surgía en los lienzos recientes, bajo la incipiente influencia de la Escuela del aire libre. No cabía duda: las obras rubias que tanta risa habían excitado en el Salón de Recusados, movían sordamente á no pocos pintores, esclareciendo poco á poco todas las paletas. Nadie convenía aún en ello, pero el impulso dado estaba, declarándose una evolución, más y más sensible á cada exposición nueva. ¡Qué golpe, si en medio de esas

inconscientes copias de los impotentes, de esas tentativas miedosas y arteras de los hábiles, se revelara un maestro, realizando la fórmula con la osadía de la fuerza, sin contemplaciones, tal y como debía plantearse, sólida y entera, para que fuese la verdad de este fin de siglo!

En esta primer hora de pasión y de esperanza, Claudio, tan torturado por la duda habitual, creyó en su genio. Ya no sentía aquellas angustias que le lanzaban días enteros al empedrado de las calles, en busca de su perdido valor. Sostenido por cierta fiebre, trabajaba con la ciega obstinación del artista que se abre las carnes, para dar á luz el fruto que le atormenta. Su largo reposo en el campo le había dado un frescor de visión singular, un arrobamiento de ejecución; parecíale renacer en el oficio, con una facilidad y un equilibrio que nunca tuviera; y además, sentía una certidumbre de progreso, un profundo regocijo ante los trabajos acabados á que, por fin, convergían antiguos esfuerzos estériles. Como decía en Bennecourt, poseía su *Aire libre*, esa pintura de una armonía de colores brillante, que asombraba á los camaradas cuando iban á verle. Todos admiraban, convencidos de que con sólo exhibirse alcanzaría su rango, muy elevado, con obras de una notación tan personal en que por vez primera la naturaleza se bañaba en la verdadera luz, al juego de los reflejos y de la continua descomposición de los colores.

Y, por espacio de tres años, luchó Claudio de esta suerte, sin desfallecer, estimulado por las derrotas, progresando en línea recta, con la rudeza de la fe.

Ante todo, el primer año, durante las nieves de noviembre, pasábase cuatro horas diarias, al otro lado del cerro de Montmartre, en el ángulo de un terreno inculto, pintando un fondo de miseria,

casuchas bajas, dominadas por chimeneas de fábrica; y en primer término colocó, sobre la nieve, una mozuela y un pilluelo andrajosos, devorando manzanas robadas. Su obstinación en pintar del natural complicaba terriblemente su trabajo, embrazándolo con dificultades casi insuperables. Sin embargo, terminó el lienzo, en campo raso, no permitiéndose más que un lavado en su taller. Cuando hubo colocado su obra en un caballete, bajo la pálida claridad de los cristales, le admiró por su brutalidad: era como una puerta abierta á la calle; la nieve cegaba, y las dos figuras destacábanse, lamentables, de un gris lodoso. Desde luego, comprendió que semejante cuadro no se lo admitirían; pero sin suavizarlo siquiera, lo envió al Salón. Después de haberse jurado que jamás volvería á exponer obra alguna, establecía ahora, en principio, que siempre debía presentarse algo al Jurado, aunque sólo fuera para hacerle patente su erróneo criterio; por lo demás, reconocía la utilidad del Salón, único campo de batalla donde un artista podía realzarse de golpe. El Jurado rechazó su lienzo.

El segundo año, se resolvió por un contraste. Eligió un extremo del *Square* de Batignolles, en mayo: frondosos castaños prodigando sombra; un césped; casas de seis pisos en el fondo; y en primer término, en un banco de verde crudo, unas cuantas criadas, en compañía de pequeños rentistas del barrio contemplando á tres chicuelos entretenidos en formar montoncitos de arena. Hubo menester heroísmo, después de obtenido el permiso, para llevar á cabo su tarea, entre la muchedumbre chocarrera. Por fin, decidióse á ir, desde las cinco de la mañana, á pintar los fondos; en cuanto á figuras, hubo de contentarse con tomar croquis y después acabar el trabajo en su taller. Esta vez el cuadro le pareció menos

rudo, la factura tenía algo de la suavización pálida que caía de la claraboya. Diólo por admitido; los amigos, proclamándolo obra maestra, auguraban una revolución en la Exposición próxima. ¡Y aquí del estupor y de la indignación cuando un rumor anunció una nueva negativa del Jurado! No cabía negar el terco propósito; era la sistemática estrangulación de un artista original. El, en el primer arranque, agolpó su cólera contra su cuadro, declarándolo embustero, torpe, execrable. Era una lección merecida, que no echaría en olvido; ¿quién le mandaba recaer en aquella luz de bodega del taller? ¿iba acaso á volver á la sucia cocina burguesa de las figuritas lindas, artificiales? Cuando le devolvieron el lienzo, cogió un cuchillo y lo rajó por la mitad.

También el tercer año se aferró á una obra de rebelión. Quiso el pleno sol, ese sol de París que, en ciertos días, calienta al blanco el empedrado, en la reverberación deslumbrante de las fachadas; en ninguna parte hace más calor, hasta las gentes de los países tórridos se secan el sudor; diríase que es una tierra de Africa, bajo la pesada lluvia de un cielo ardiendo. El asunto elegido fué un ángulo de la Plaza del Carrousel, á la una de la tarde, cuando el astro cae á plomo: un fiacre bazuqueaba, soñoliento el cochero, bañado en sudor el caballo, gacha la cabeza, vago en la vibración del calor; los transeuntes parecían borrachos, mientras que, sola, una joven sonrosada y ágil, bajo su sombrilla, caminaba á paso de reina, como en el elemento de llama donde debía vivir. Pero lo que sobre todo hacía más terrible el cuadro, era el estudio nuevo de la luz, esa descomposición, exactísimamente observada y que chocaba con todos los hábitos de la vista, acentuando colores azules, amarillos, rojos, donde na-

die estaba acostumbrado á verlos. Las Tullerías, en el fondo, desvanecíanse en nube de oro; el empedrado manaba sangre; los personajes no eran más que indicaciones, manchas oscuras comidas por la demasiado viva claridad. Esta vez, los camaradas, aunque sin cejar en sus encomios, quedaron perplejos; presa de cierta inquietud: al final de semejante sendero, estaba el martirio. El, por sus elogios, comprendió perfectamente que se operaba la ruptura; y cuando el Jurado hubo rechazado nuevamente su lienzo, exclamó dolorosamente, en un minuto de lucidez:

—¡Vaya! ¡dicho está!... ¡Me estrellaré!

Poco á poco, si bien la valentía de su obstinación parecía agrandarse, volvía á recaer en sus dudas de antaño, torturado por la lucha que contra la naturaleza sostenía. Cada lienzo que le devolvían, parecía malo, incompleto, y que no realizaba el esfuerzo intentado. Esta impotencia le exasperaba más aún que las negativas del Jurado. A la verdad, no perdonaba á éste: sus obras, aunque embrionarias, valían cien veces más que las medianías admitidas; pero ¡qué sufrimiento, no poder producirse todo entero, en la obra maestra que no conseguía diese su genio á luz! Había siempre fragmentos soberbios; estaba satisfecho de éste, de aquél, del de más allá. Entonces, ¿por qué esos bruscos agujeros? ¿por qué, partes indignas, desapercibidas durante la faena, y matando el cuadro, después, con su indeleble tara? Y se sentía incapaz de corrección. Erguía un muro en un momento dado, un obstáculo infranqueable, más allá del cual le estaba vedado ir. Si retocaba veinte veces el fragmento, veinte veces agravaba el mal; todo se confundía y se enlodaba. Enervado, ya no veía, ya no ejecutaba, llegando á una verdadera parálisis de la voluntad. ¿Eran sus ojos, eran sus manos lo que cesaba de perte-

necerle en el proceso de las lesiones antiguas que ya le habían inquietado? Las crisis multiplicábanse; comenzaba á vivir nuevamente semanas abominables, devorándose, oscilando continuamente de la inquietud á la esperanza; y su único sostén, durante aquellas horas malas empleadas en encarnizarse en una obra, era el sueño consolador de la obra futura, de aquella que le dejaría satisfecho por fin, y en que sus ojos y sus manos se desligarían para su creación. Por un fenómeno constante, anticipándose su afán de crear á la marcha de sus dedos, ya no trabajaba en un lienzo, sin concebir el lienzo siguiente. Sólo una prisa le abrumaba: desembarazarse de la tarea presente, agonía actual; seguramente, aún no valdría nada, por las malditas concesiones fatales que todo artista hace contra su conciencia; pero ¡lo que después crearía ¡ah! lo que después crearía, veálo ya soberbio, heroico, inatacable, indestructible: perpetuo espejismo que azota el valor de los condenados del arte, tierno y piadoso embuste sin el cual fuera imposible la producción para cuantos se mueren porque no pueden producir vida!

Además de esta lucha, sin cesar renaciente, consigo mismo, las dificultades materiales se acumulaban. ¿No bastaba, acaso, no poder desalojar lo que se tenía en el vientre? ¿era fuerza, también, batirse contra las cosas? Aun cuando se negaba á confesarlo, la pintura del natural, al aire libre, era asunto imposible en cuanto el lienzo excedía de ciertas dimensiones. ¿Cómo instalarse en las calles, en medio de las muchedumbres? ¿cómo obtener, para cada personaje, las horas de sesión suficientes? Esto, evidentemente, sólo admitía ciertos temas determinados, paisajes, puntos restringidos de la villa, donde las figuras no son más que siluetas hechas de memoria. A

más, había las mil y una contrariedades del tiempo, el viento que se llevaría el caballete y la lluvia que paralizaría las sesiones. Estos días regresaba á casa mostrando el puño al cielo y acusando á la naturaleza de aprestarse á la defensa para que no la cogieran y venciesen. Quejábase amargamente de no ser rico, soñando con talleres móviles, un coche en París, una embarcación en el Sena, donde hubiera vivido como bohemio del arte. ¡Pero nada le ayudaba, todo conspiraba contra su trabajo!

Cristina, entonces, sufrió con Claudio. Había compartido sus esperanzas, animosa, alegrando el taller con su actividad de ama de casa; y actualmente, sentábase, desalentada á menudo, abatida cuando le veía sin fuerzas. A cada lienzo rechazado, mostraba un dolor más agudo, herida en su amor propio de mujer, con ese orgullo del éxito que tienen todas. La amargura del pintor irritábala también, compartía sus pasiones, identificada en sus gustos, defendiendo su pintura, que había venido á ser como una dependencia de sí misma, el gran asunto de su vida, el único importante desde entonces, el solo que podía hacerla dichosa. No se le ocultaba que de día en día esa pintura iba robándole á su amante; mas aún no había llegado á la lucha; cedía, dejándose arrebatar con él, para formar una sola entidad, en el fondo de un mismo esfuerzo. Mas, de ese principio de abdicación surgía cierta tristeza, cierto miedo de lo que la esperaba al final. A veces, un estremecimiento de retroceso la llenaba de hielo hasta el corazón. Sentíase envejecer, mientras una compasión inmensa la trastornaba, unas ganas incesantes de llorar sin motivo, que satisfacía en el taller lúgubre, durante horas largas, cuando estaba sola.

En aquella época su corazón se explayó más

y la amante transformóse en madre. Esta maternidad, para su hijazo artista, resultaba de la piedad vaga é infinita que la enternecía, de la debilidad ilógica en que le veía caer á cada rato, de los perdones continuados que estaba obligada á otorgarle. El comenzaba á hacerla infeliz, no dándole más que esas caricias de costumbre, concedidas como una limosna á las mujeres de que uno se desprende; y ¿cómo amarle todavía, cuando se desasía él de sus brazos, manifestando un aire de tedio en los apretones ardientes con que seguía sofocándole? ¿cómo amarle, si no le amaba con ese afecto de cada minuto, en adoración ante él, inmolándose sin tregua? En su fondo, mugía el insaciable amor, proseguía siendo la carne de pasión, la sensual, de labios potentes en la obstinada proeminencia, de la mandíbula. Era una triste dulzura, entonces, después de los pesares secretos de la noche, el no ser más que una madre hasta la velada, saboreando un pos-trero y pálido goce en la bondad, en la ventura que procuraba darle, en medio de su existencia actualmente destruída.

Sólo Santiaguito hubo de resentir esta metamorfosis de ternura. Descuidábalo ella cada vez más; la carne, muda para él, no se había despertado á la maternidad sino por el amor. El hombre adorado, deseado, venía á ser su hijo; y el otro, el pobre sér, subsistía como simple testimonio de su gran pasión antigua. A medida que le había visto crecer sin exigir tantos cuidados, había empezado á sacrificarlo, sin dureza en el fondo, simplemente porque lo sentía así. En la mesa sólo le daba los bocados secundarios; el mejor sitio, junto á la estufa, no era para su sillita; si el temor de un accidente la conmovía, el primer grito, el primer gesto de protección nunca acudían á su debilidad. Y sin cesar lo relegaba, lo supri-

mía: «¡Cállate, Santiago, que molestas á tu padre! ¡No te muevas, Santiago, que tu padre está trabajando!»

El niño se resentía de París. El, que había dispuesto de la campiña entera para revocarse en libertad, ahogábase en el espacio mezquino donde debía permanecer juicioso. Sus bellos colores rojos palidecían; desarrollábase enclenque, grave como un hombrecito, desmedidamente abiertos los ojos sobre las cosas. Acababa de cumplir cinco años; su cabeza se había agrandado excesivamente, por un singular fenómeno que hacía exclamar á su padre: «El rapaz tiene la testa de grande hombre!» Pero, por el contrario, parecía que la inteligencia iba disminuyendo á medida que el cráneo aumentaba. Muy bondadoso, tímido, quedábase absorbido horas enteras, sin contestar á tono, como divagando; y si salía de su inmovilidad, era en una de esas crisis extravagantes de saltos y gritos, como el animalejo retozón movido por el instinto. Entonces los «¡estate quieto!» llovían, pues la madre no podía comprender esos alborotos repentinos, tan inquieta al ver que el padre se irritaba en su caballete, que se decidía á volver á sentar al muchacho en su rincón. Calmado éste de repente, con el miedoso calofrío de un despertar demasiado brusco, dormíase de nuevo, con los ojos abiertos, tan perezoso en vivir, que los juguetes, tapones, estampas y tubos viejos se le caían de la mano. Ya ella había intentado enseñarle la cartilla; mas él se había resistido, con lágrimas; y esperaban á que transcurriesen uno ó dos años para llevarle á la escuela, donde los maestros se cuidarían de acostumbrarle á trabajar.

Por fin, Cristina comenzó á azorarse ante la amenazadora miseria. En París, con el chiquillo que iba creciendo, la vida salía más cara y los

finés de mes hacíanse terribles, á pesar de sus economías de toda índole. La familia no contaba, seguros, más que los mil francos de renta; y ¿cómo vivir con cincuenta francos al mes, después de segregados los cuatrocientos para el alquiler? Al principio, habían salido de apuros gracias á la venta de algunos lienzos, que Claudio cedieron al antiguo cliente de Gagnière, uno de esos burgueses detestados, que tienen almas ardientes de artista, en los hábitos maníacos en que se encierran; este tal, M. Bergerot, antiguo jefe de negociado, no era por desgracia bastante rico para comprar siempre, y no podía sino lamentar la ceguedad del público que dejaba otra vez más morir de hambre al genio; y en cuanto á él, convencido, tocado de la gracia desde la primera ojeada, había elegido las obras más rudas, que colgaba junto á las de sus Delacroix, augurándoles igual fortuna. Lo peor era que el tío Malgrás acababa de retirarse, después de rondar un capitalejo, nada más que un modesto pasar: una decena de miles francos de renta, que estaba decidido á comerse en una casita de Bois-Colombes, como prudente varón. Así, pues, había que oírle hablar del famoso Naudet, con desdén, de los millones que revolvía éste, millones que le caían sobre las narices, según decía Malgrás. Claudio, después de tropezar con él casualmente, no logró venderle sino un último lienzo, para él, una de sus academias del taller Boutin, el soberbio estudio de vientre que el antiguo marchante no había vuelto á ver sin que le diese un vuelco el corazón. Era, pues, la miseria en ciernes; la salida de los productos se angostaba en lugar de ensancharse; iba formándose una inquietante leyenda en torno de esa pintura continuamente rechazada por el Salón, sin contar con que bastaba y sobraba, para asustar al dinero,

un arte tan incompleto y revolucionario, donde la vista azorada no hallaba ninguna de las convenciones admitidas. Una noche, no pudiendo pagar una factura de colores, juró el pintor que viviría sobre el capital de su renta, antes que caer en la baja producción de los cuadros de comercio. Pero Cristina, violentamente, se opuso á tan extremo medio; aún vería de ahorrar sobre el gasto; todo lo prefería á una locura que en breve debía lanzarles á la calle, sin un mendrugo.

Después de la no admisión de su tercer cuadro, siguió un verano milagroso, que al parecer infundió nuevas fuerzas en Claudio. Ni una nube; días límpidos, sobre la gigantesca actividad de París. Había reanudado sus correrías por la villa, ganoso de encontrar un *golpe*, como decía: algo enorme, decisivo, no sabía qué. Y, hasta septiembre, no encontró nada, apasionándose durante una semana por un tema y declarando después que no era aquello! Vivía en incesante estremecimiento, atalayando, siempre á punto de poner mano en la realización de su sueño, que huía siempre. En el fondo, su intransigencia realista encerraba supersticiones de mujer nerviosa; creía en influencias complicadas y secretas; todo debía depender del horizonte elegido, nefasto ó próspero.

Cierta tarde, en uno de los bellos días de la estación, Claudio había salido con Cristina dejando á Santiaguito al cuidado de la portera, muy buena mujer, como así acostumbraban cuando salían juntos. Era un repentino capricho de paseo, una necesidad de volver á ver con ella sitios antaño queridos, con la vaga esperanza de que su compañía debía depararle buena suerte. Y así bajaron hasta el puente Louis-Pilippe, deteniéndose un cuarto de hora en el muelle de Ormes, silenciosos, en pie contra el pretil, contemplando, al otro lado del Sena, el hotel de Martoy, donde

se habían amado. Después, siempre sin hablar, reanduvieron su antiguo camino, tantas veces andado; siguieron á lo largo de los muelles, bajo los plátanos, viendo surgir, á cada paso, lo pasado; y todo se desenvolvía, los puentes con la recortadura de sus arcos sobre el raso del agua; la Cité en la sombra, dominada por las amarillentas torres de Nuestra Señora, la curva inmensa de la orilla derecha, anegada en sol, terminada por la silueta perdida del Pabellón de Flora, y las anchas avenidas, los monumentos de ambas orillas, y la vida del río, los lavaderos, los baños, las pinazas. Como antaño, el astro poniente les seguía, rodando sobre los techos de las casas lejanas, descantillándose tras de la cúpula del Instituto: esplendente ocaso, como nunca vieran más hermoso, lento descenso entre pequeñas nubes que se trocaron en una red de púrpura, cada una de cuyas mallas despedía olas de oro. Pero, de esta evocación de lo pasado sólo surgía una melancolía invencible, la sensación de la eterna fuga, la imposibilidad de volver á subir y á vivir. Las antiguas piedras permanecían frías, la continua corriente de agua, bajo los puentes, parecían haberse llevado algo de sí propios, el encanto del primer deseo, el júbilo de la esperanza. Ahora que uno á otro se pertenecían, ya no gozaban la sencilla ventura de sentir la tibia presión de sus brazos, mientras caminaban pausadamente, como envueltos en la vida enorme de París.

En el puente de Saints-Pères Claudio se detuvo, desesperado. Había soltado el brazo de Cristina, volviéndose hacia la punta de la Cité. Sin duda, sentía ella operarse el desprendimiento con infinita tristeza; y viéndole tan abstraído, quiso enlazarlo nuevamente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO A. GONZÁLEZ"

1025 MONTERREY, MEXICO

30834

—Volvamos á casa, amigo mío; ya es hora... ¡Santiago nos espera!

Mas él pareció no oírla. Dió algunos pasos por el puente y ella hubo de seguirle. De nuevo permaneció inmóvil, ante la barandilla de hierro, fijos siempre los ojos allá abajo, sobre la isla eternamente anclada, sobre esa cuna y ese corazón de París, donde desde hace siglos late toda la sangre de sus arterias, en el perpetuo incremento de los arrabales que invaden la llanura. Una llamarada coloreó su faz; brillaron sus ojos, y extendiendo el brazo:

—¡Mira!—exclamó,—¡mira!

Ante todo, en primer término, bajo sus pies, estaba el puerto de Saint-Nicolas, el ribazo empedrado que baja de las Oficinas de la Navegación al río, atestado de montones de arena, toneles y sacos de yeso descargados, bordado de una hilera de pinazas aún llenas donde hormigueaba un pueblo de cargadores, dominado por el gigantesco brazo de una grúa de hierro fundido, mientras que, al otro lado del agua, un baño frío, amenizado por las carcajadas de los últimos bañistas de la estación, dejaba flotar al viento las banderolas de tela gris que le servían de cubierta. Después, en medio, el Sena vacío subía con minúsculas oleadas danzantes, matizado de blanco, azul y rosa. Y el puente de las Artes establecía un segundo término, muy elevado sobre sus arzones de hierro, de una ligereza de blonda negra, animado por el continuo vaivén de los peatones, cabalgata de hormigas sobre la delgada línea de su tablero. Debajo, el Sena continuaba, á lo lejos; veíanse las viejas arcadas del Puente Nuevo, de piedras enmohecidas; á izquierda, abríase un boquete hasta la isla de San Luis, una lontananza de espejo, de ofuscante reducción; y el otro brazo torcía muy corto, pareciendo que

la esclusa de la Monnaie tapaba la vista con su espumosa barra. A lo largo del Puente Nuevo, grandes ómnibus amarillos, carros de mudanza de variados colores, desfilaban con la mecánica regularidad de juguetes de niño. Todo el fondo se encuadraba allí, en las perspectivas de ambas orillas; en la derecha, las casas de los muelles, semiocultas por un ramillete de grandes árboles, de donde emergían al horizonte una rinconada del Hôtel-de-Ville y el campanario cuadrado de San Gervasio, perdidos en una confusión de arrabal; y en la izquierda, un ala del Instituto, la fachada plana de la Monnaie, y también árboles, una sarta! Pero lo que ocupaba todo el centro del inmenso cuadro, lo que subía del río, elevándose, ocupando el cielo, era la Cité, esa proa del antiguo barco, eternamente dorada por el sol poniente. Abajo, los álamos del terraplén verdeaban en potente masa, ocultando la estatua. Más arriba, el sol cortaba las dos faces, apagando en la sombra las casas grises del muelle del Horloge, iluminando con una llamarada las casas amarillas del muelle de Orfèvres, filas de casas irregulares, tan distintas, que se percibían sus menores detalles, las tiendas, los rótulos y hasta las cortinas de las ventanas. Más arriba, tras del oblicuo tablero de los angostos techos, entre las molduras de las chimeneas, las garitas del Palacio de Justicia, los desvanes de la Prefectura, extendían sábanas de ladrillos, cortadas por un colosal anuncio azul, pintado en un muro, cuyas gigantescas letras, vistas por todo París, eran como la eflorescencia de la fiebre moderna en la frente de la villa. Más arriba, más alto aún, por cima de las torres gemelas de Nuestra Señora, matizadas de oro viejo, surgían dos agujas; hacia atrás, la de la catedral, y á izquierda la de la Santa Capilla, de elegancia tan esbelta, que parecían vibrar con



la brisa, altiva arboladura del buque secular, sumergiéndose en la claridad, en pleno cielo!

—¿Vamos, amigo mío?—repitió Cristina con dulzura.

Claudio seguía sin oír, subyugado por ese encanto de razón de París. La caída de la tarde ensanchaba el horizonte. Eran luces vivas, sombras francas, una alegría en la precisión de los detalles, una transparencia del aire vibrando regocijado. Y la vida del río, la actividad de los muelles, esa multitud cuyas olas desembocaban de las calles rodaba sobre los puentes, venía de todos los bordes de la inmensa tina, humeando allá en hondos visible, en un estremecimiento que temblaba en pleno sol. Soplaban un viento leve, un vuelo de nubecillas rosadas surcaba, muy alto, el palidísimo azul, oyéndose á la vez una palpitación enorme y lenta, esa alma de París diseminada en torno de su cuna.

Entonces Cristina cogió del brazo á Claudio azorada de verle tan absorto, poseída de cierto temor religioso; y le arrastró casi, como si le viese en grave peligro:

—Volvamos á casa, te estás matando... ¡Vamos aprisa!

El, á su contacto, había sentido el estremecimiento del hombre á quien despiertan bruscamente. Después, volviendo la cabeza, en una posterior mirada:

—¡Ah, Dios mío!—murmuró,—¡Dios mío! ¡qué bello es eso!

Y se dejó llevar. Pero, toda la noche, á la mesa junto á la estufa luego y después al acostarse permaneció atolondrado, con tal preocupación, que ni aun pronunció cuatro frases, y su pareja, no pudiendo sacarle una contestación, acabó por callarse también. Mirábale, ansiosa; ¿era aquello la invasión de una enfermedad grave, un aire

funesto, pillado en mitad del puente? Sus miradas vagas fijábanse en el vacío, su rostro se teñía de púrpura bajo un esfuerzo interno; parecía como el trabajo sordo de una germinación, un sér naciendo en él, esa exaltación y esa náusea que las mujeres conocen. Al principio, aquello pareció penoso, confuso, obstruído por mil lazos; después, todo pareció desembarazarse; cesó de revolverse en la cama y durmióse con el pesado sueño de las grandes fatigas.

A la mañana siguiente, después de almorzar, salió. Cristina pasó un día doloroso; pero si bien se había tranquilizado un tanto oyéndole silbar, al despertarse, unas melodías del Mediodía, torturábala otra preocupación, que acababa de ocultarle, temiendo abatirlo más. Aquel día, por vez primera, iban á carecer de todo; una semana entera los separaba del día en que cobraban su exigua renta; y gastado ya su último sueldo á primera hora, nada le quedaba para la tarde, ni siquiera de qué poner un pan á la mesa. ¿Qué iba á ser de ellos? ¿cómo mentirle más, cuando regresara con hambre? Decidióse á empeñar la bata de seda negra que la señora Vanzade le regalara en otro tiempo; pero se le hizo muy cuesta arriba, ruborizándose de vergüenza, temblando de miedo, á la idea de ese Monte de Piedad, de esa casa pública de los pobres, donde nunca había entrado. Tanto le atormentaba el temor al porvenir que, de los diez francos que le prestaron, sólo gastó lo indispensable para una sopa de acederas y un guiso de patatas.

Casualmente, Claudio regresó muy tarde, con alegres ademanes, ojos claros y toda una excitación de íntimo regocijo; y con grande apetito, gritó por qué no estaba servida la mesa. Después, ya sentado, entre Cristina y Santiaguito, engullóse la sopa y devoró un plato de patatas.